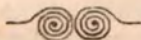
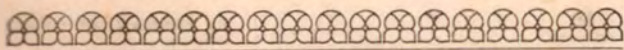


tuación a consecuencia de que Rumania, que se había hasta entonces retraído de la lucha, y conservaba intacta toda su potencia militar, reclamó para sí la Silistria, provincia danubiana, cuya capital del mismo nombre constituía con Trutrakan, Varna y Plevna el antiguo cuadrilátero búlgaro, siendo de todos estos males el menor que, reaccionando de improviso los otomanos, se echaron sobre la fortaleza de Adrianópolis, haciendo prisionera a la guarnición, y recobrando de este modo esa reliquia del arte bizantino con el sepulcro de los emperadores musulmanes. Los tratados de Constantinopla y de Bucarest de 1913 confirmaron el despojo de la antes afortunada Bulgaria, y encendieron en el corazón de los búlgaros el deseo de la venganza, pues vencedores se veían humillados, y habiendo llevado el principal peso de la guerra, mirábanse desposeídos por sus mismos aliados, y eran objeto del escarnio y la befa de sus enemigos.

Otra dificultad no menos grave se presentó, y fué que los serbios, enardecidos por sus triunfos y apoyados posiblemente por Rusia, ocuparon Durazzo, capital de la provincia turca de Albania. Italia y Austria-Hungría, entonces en perfecta inteligencia, se opusieron tenazmente a que los eslavos se asomaran al Adriático, y los serbios se vieron precisados a abandonar su conquista.





III

La guerra franco-prusiana.

Engrandecimiento de Prusia.—Napoleón III.—Birmark.—Preparativos de guerra en Prusia.—La manzana de la discordia.—Exigencias del gobierno francés.—«¡A Berlín! ¡A Berlín!»—La «débâcle».—Paz de 1871.—La «revanche».

En los años de 1864 a 1866, Prusia se colocó a la cabeza de los Estados de la Europa central, gracias a su victoria sobre Dinamarca, que le valió el Schleswig-Holstein, y a su resonante triunfo sobre el Austria, que le dió la preponderancia sobre todos los estados alemanes.

La batalla de Sadowa, en que fueron vencidos los austriacos con terribles pérdidas, y en la que por primera vez se usó el fusil de aguja, reveló a todas las naciones la ambición y pujanza de Prusia, y hubiera hecho abrir los ojos a quien, como Napoleón III, no los hubiese tenido cegados por la obcecación y el orgullo.

El pueblo francés, por su parte, a excepción de los ilustres políticos que, como Víctor Hugo, erraban proscritos por extranjeras playas, vivía embargado en el recuerdo de sus pasadas glorias, y cuan-

do pensaba en los prusianos, en los bávaros o en los sajones, sonreía con desprecio, como si los contemplase desde lo alto del Arco de Triunfo o de la columna de Vendoma. Frescos estaban, además, los laureles de Solferino y Magenta, con los que el nuevo César revivió el recuerdo de Marengo y Austerlitz, y si bien nublaba algunos semblantes la triste remembranza de Maximiliano y la desdichada expedición a México, el esplendor del imperio era como el manto del rey de los cuentos árabes, que con su púrpura cubría el cuerpo llagado y las piernas petrificadas del monarca.

El emperador francés jamás pensó que la *pequeña Prusia* fuese capaz de medir sus armas con la Francia de Luis XIV y del gran Napoleón, que se había batido contra toda la Europa coaligada, y que había llevado sus lises de oro y sus águilas de plata al Cairo, a Moscowa, a Berlín y a Viena. El espectro de Federico, haciendo resonar sus botas sobre las frías baldosas del Louvre, hubiera desvanecido aquellos sueños insensatos; pero, ¿caso Jena no había borrado para siempre la afrenta de *Forbach*, y las llaves del sepulcro del héroe prusiano no se las había metido en el bolsillo el amo de la guerra, cuyo cuerpo reposaba bajo la cúpula de los Inválidos?

En Francia era opinión muy favorecida entre los partidarios del régimen imperial que una guerra victoriosa, un «paseo triunfal» a la otra orilla del Rhin consolidaría la dinastía napoleónica a la par que afirmaríala la preponderancia militar de la nación en Europa.

Gobernaba entonces en Prusia como presidente del Consejo de ministros el príncipe Oton de Bismark Schörchausen, un hombre que en Septiembre de 1862 pronunció en la comisión del presupuesto

de la Cámara prusiana esta frase, que levantó una tempestad en Alemania y en Europa: «No con discursos y votaciones de mayoría decídense las grandes cuestiones de la época, sino con el hierro y con la sangre.»

El príncipe de Bismark, hombre de criterio positivista y voluntad acerada, había comprendido que para reconstituir el imperio germánico era necesario emancipar a Prusia de la vecindad cautelosa de Dinamarca, de la hegemonía de Austria y de la influencia de Francia, todo lo cual se logró con las guerras de 1864, 1866 y 1870.

Los franceses habían hasta entonces dominado en Alemania, gracias a la hábil política de Napoleón, que constituyó la Confederación de los Estados renanos contra Prusia y armó a los alemanes unos con otros, siguiendo la vieja máxima de «Divide e impera».

Para alcanzar la deseada unidad era preciso también constituir un poderoso núcleo en torno del cual se agrupasen los diversos reinos y ducados alemanes.

Este núcleo lo constituyó Prusia, y ya después de Sedán nadie le discutió el título de cabeza de la confederación germánica.

La política de Bismark encontraba numerosos opositores en Europa, sobre todo entre los filósofos, que veían con horror la inauguración de un sistema basado en la fuerza; como si en alguna época en el mundo el derecho hubiese imperado sobre los pueblos y todas las contiendas no se hubieran dirimido por la espada. *Si vis pacem para bellum*, dice el adagio latino, que encuentra perfecta aplicación traduciéndolo: «Si vives contento con tu derecho, ármate para defenderlo». Los Congresos pacifistas han probado su banalidad, y bien pudo decir a sus

discípulos el profesor Hamacken al clausurar el curso de 1902 en la Universidad de Utrecht: «Concienciadamente os he enseñado hasta ahora el Derecho internacional; pero después de la guerra del Transvaal, tengo que anunciaros una verdad muy dolorosa: os he enseñado una cosa que no existe». Bismark era lo que se ha dado en llamar modernamente un «profesor de energía», y no cometió jamás la necedad de creer en la eficacia del Derecho enfrente de una Inglaterra armada hasta los dientes y de una Francia que no podía recordar sin orgullo que las aguas del Rhin más de una vez se habían abierto ante el caballo del gran Condé.

Era evidente que, después de Sadowa, Prusia se preparaba para una guerra contra Francia, y esto lo confirmó el hecho de que en los bolsillos de oficiales alemanes muertos o prisioneros el 70, se encontraron planos de los caminos y las poblaciones de Francia tanto o más perfectos que los que poseía el Estado Mayor francés. Sin embargo, el emperador Napoleón y su Gabinete se empeñaban en no ver los preparativos que se hacían del otro lado del Rhin.

El conflicto entre las dos naciones al fin se presentó, con motivo del ofrecimiento que hizo el general Prim, entonces omnipotente en España, al príncipe Leopoldo de Hohenzollern de la corona que acababa de arrancar de las sienes de Isabel II.

La noticia del ofrecimiento de Prim, asociada con una sorda amenaza de guerra, estalló como una bomba en París. Napoleón III convocó a una reunión extraordinaria de Gabinete, y el conde de Gramont, haciéndose eco de las resoluciones de ese alto Cuerpo, declaró en síntesis ante las Cámaras que la elevación de un Hohenzollern al trono de España destruía, en detrimento de Francia, el

equilibrio europeo, y ponía a la nación al borde de la guerra.

Se ordenó al embajador que exigiese al rey Guillermo una declaración formal sobre las intenciones de Prusia, y que prohibiera a su primo que aceptara la corona de España. El rey contestó que el príncipe era mayor de edad y él no podía mezclarse en sus asuntos. Olózaga anunció el 12 de Julio al gobierno francés que el príncipe de Hohenzollern, para evitar una guerra desastrosa para ambas naciones, renunciaba la corona que se le había ofrecido. Esta declaración no satisfizo ni al Gobierno ni al pueblo francés. La opinión pública, excitada, pedía garantías más formales para lo porvenir; porque, ¿quién podía asegurar que el príncipe de Hohenzollern no volviese de su acuerdo, y concluyera por aceptar la corona de Carlos I y de Felipe II a las reiteradas súplicas de los españoles? El mismo 12 de Julio salieron tropas y material de guerra para Metz. El embajador de Benedetti, atendiendo instrucciones de su gobierno, requirió de nuevo al rey de Prusia para que se opusiera a la candidatura del príncipe Leopoldo, extremando la demanda, no sólo por lo que concernía al presente, sino también al porvenir (1). El rey de Prusia rechazó esta exi-

(1) «Después de haber obtenido una satisfacción cumplida —escribió el general Boulanger en su obra sobre la guerra del 70— quisimos imponer una humillación al rey de Prusia, llegando hasta adoptar aptitudes diplomáticas agresivas y casi desatentadas. Contábamos con la renuncia formal del príncipe Leopoldo de Hohenzollern, y con la conformidad del rey de Prusia a la renuncia. La reparación era suficiente, porque dejaba a salvo los intereses de Francia y los derechos del jefe de la familia de los Hohenzollern. Nunca debimos exigir más; pero nuestro gobierno fué más lejos: exigió que el rey Guillermo adquiriese un compromiso categórico para el porvenir. Pretensiones tan arrogantes desnaturalizaban el objeto y el terreno del litigio; eran una provocación directa al rey de Prusia.»

gencia, que calificó de absurda, y aun corrió como válida la voz de que ni siquiera había querido recibir al embajador. El 19 de Julio el embajador francés, previas las formalidades de estilo, entregó al Gobierno prusiano la declaración de guerra.

Apenas se tuvo conocimiento en París de esta funesta declaración, la muchedumbre, electrizada, recorrió los bulevares cantando la *Marsellesa* y gritando: «¡A Berlín!, ¡a Berlín!» Las descripciones sublimes que han hecho Víctor Hugo, Zola y otros escritores famosos nos relevará de añadir nuevos tintes a los cuadros de sangre, de heroísmo y de horror de aquellos tremendos días.

Alemania toda se alzó en armas. He aquí como lo expresa el poeta:

«Ruje un clamor como fragor de trueno,
como chasquido de espadas y estrellamiento de olas:
¡Al Rhin, al Rhin, al Rhin alemán!»

«Con modesto heroísmo —escribe Scherr— llevaron los alemanes sus banderas victoriosas desde Visenburgo, Wörth y Spicheren sobre Mars la Tour, Bionville, Gravelotte, Beaumont, Sedán, Roisseville, St. Quintin, Beaune la Roulande, Orleans, Le Mans, Champigny, Hericourt y Belfort a la plaza de la Concordia de París.

«En el espacio de ciento ochenta días se riñeron 17 batallas y 156 encuentros; se hicieron 385.000 prisioneros, se tomaron 26 plazas fuertes, y se conquistaron 120 águilas y banderas y 6.700 cañones» (1).

Rendido Bazaine en Metz y prisionero Napoleón III en Sedán, concluyó la resistencia regular;

(1) SCHERR: *Veinte siglos de historia alemana*.

lo demás lo hizo el patriotismo y el espíritu de sacrificio del pueblo francés. †

El 18 de Enero de 1871 se proclamó en el palacio de Versalles emperador de Alemania el rey de Prusia Guillermo I.

El 26 de Febrero se abrieron las negociaciones de paz, y el 10 de Mayo se firmó el Tratado por el cual Francia perdía las provincias de Alsacia y Lorena, que se reincorporaban definitivamente a la confederación germánica, y se obligaba a pagar una indemnización de guerra de 5,000.000.000 de francos, cantidad que se consideró entonces exorbitante y que constituye hoy el fondo de reserva de cualquiera de los grandes Bancos europeos.

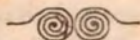
El 21 de Marzo el emperador alemán, al abrir el primer Parlamento en Berlín con el discurso de la Corona, pronunció estas memorables palabras:

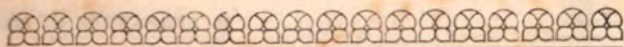
«El espíritu que vive en el pueblo alemán y penetra su cultura y su civilización, como no menos la constitución del Imperio y de su ejército, preservan a Alemania, en medio de sus victorias, de todo abuso de la fuerza que le da su unificación. El respeto que Alemania pretende por su propia independencia lo tributa involuntariamente a la independencia de todos los demás Estados y pueblos débiles o fuertes. La nueva Alemania, tal como ha salido de la prueba de fuego de esta guerra, será una garantía segura de la paz de Europa, porque es bastante fuerte e inteligente para reservarse el ordenamiento de sus propios asuntos, como de herencia exclusiva, pero también suficiente y satisfactoria.»

Transcurridos dos años, el ejército alemán desocupó completamente el territorio francés, y la República se entregó febrilmente a la obra de la reconstitución. Jamás se vió empeño mayor en restañar la sangre y cicatrizar las heridas. Como si la

amputación de la Alsacia-Lorena la hubiese dado nuevas fuerzas, diez años más tarde la nación aparecía hermosa y pujante, y era motivo de zozobra para su rival, como Cartago lo fué para Roma antes de la tercera guerra púnica. La estatua de Estrasburgo aparecía cubierta de crespones todos los años, mientras del otro lado del Rhin se esparcían flores y se cantaban himnos patrióticos ante la estatua de la rubia Germania.

La paz se firmó en 1871; pero quedó echada la simiente de otra guerra. Francia no sólo había sido mermada en su territorio, sino que había sido herida cruelmente en su orgullo. Desde esta fecha alimentó el sentimiento de la «revanche», y se la vió aparecer, aun en medio de sus fiestas, pensativa y grave, ciñendo la dura cota sobre la muselina y la seda, como Palas en el Olimpo meditando en la caída de Troya.





IV

La «revanche».

El desquite como principio moral.—Alianza franco-rusa.—La Triple Alianza.—Inglaterra se aproxima a Alemania.—Impopularidad de esta alianza.—Rivalidad anglo-alemana.—Alemania como potencia colonial.—La «Entente cordiale».—Reparto de Marruecos.—El Kaiser desembarca en Tánger.—Conferencia de Algeciras.—Los Estados Unidos, satélites de Inglaterra.—Preparativos de guerra.—Alarma de los ingleses.—La política del desarme.—Intrigas franco-inglesas.—Avance de los franceses sobre Fez.—La *Phanther* a Agadir.—La neutralidad de Bélgica.—El crimen de Sarajevo.

En el siglo hipócrita y semibárbaro en que vivimos, con el desarrollo de las ideas filantrópicas y pacifistas cobró cuerpo la esperanza de que en lo futuro todas las disputas entre los pueblos se solucionarían por medio del arbitraje, y las luchas por la preponderancia no se entablarían en los campos de batalla, sino en los de la ciencia, la industria y el comercio, únicos palenques, a decir de los filósofos, dignos de la actividad y de la inteligencia del hombre. Hinchóse esa ciencia vana y hermosa que se llama Derecho internacional, y que tiene,

como Mercurio, no alas en el corazón, sino en los talones, y se creyó que se había dado con la panacea universal que curaría todos los males de la época. Hablóse de la santidad de los Tratados, del respeto a los débiles, de la cordialidad y la justicia, del olvido de lo pasado y hasta de la abolición de las fronteras internacionales. Colocados en este terreno de idealismo noble y sano, no podemos comprender cómo los hombres que proclamaban tan bellos principios rehuían su aplicación en la práctica y atizaban los anhelos de venganza, dominación y rapiña que inflaman la sangre de los pueblos bajo la delgada y quebradiza corteza de la civilización. Francia, que se ufanaba de ser, no sólo la patria de la gentileza, sino también el santuario de la sabiduría y del derecho; Francia, la «nación luz», el magno imperio de la civilización de Occidente, desde 1871 vivía atormentada por una idea fija a la cual subordinaba hasta su natural aversión a Inglaterra y su amor a las instituciones democráticas: el desquite. Cuando dos luchan y uno es vencido, aunque la lucha haya sido leal, el perdidoso debe guardar memoria del vencimiento, fortalecerse, contraer alianzas o amistades con otros malquerientes o perdidosos, esperar una oportunidad y caer en partida y a mansalva sobre el ganancioso, para propinarle una soberana paliza e inutilizarlo para el resto de sus días, y arrebatarse la prenda de la victoria. He aquí toda la filosofía del desquite. Esta doctrina haría interminables las guerras y su implantamiento retrotraería el mundo a los primitivos tiempos en que el odio y el rencor reinaban en las sociedades. Rusia y el Japón lucharon en el Extremo Oriente; el inmenso imperio moscovita fué derrotado, y padeció en su orgullo y en sus intereses; sin embargo, decid hoy a un ruso si aborrece a un japonés,

y si vería con placer la destrucción de aquel imperio, y os contestará que no; que «aquello» pasó, y que Rusia y el Japón, no obstante los agravios y las terribles pérdidas sufridas, no sólo no se odian, sino que viven en perfecta inteligencia y hasta son aliados. Pero esto, que en el fondo es moral cristiana o convencimiento mutuo de la estupidez de una nueva guerra, es comprensible para los semi-civilizados rusos y los bárbaros nipones; pero no para un ciudadano francés amante de las glorias de su país, y que está convencido de que fuera de Francia todo es mezquindad y barbarie. ¡Oh si Francia, volviendo la espalda al 70 y aceptando la mano que cordialmente le tendía Alemania, se hubiese confederado con ésta para mantener la paz en Europa, poner a raya al inglés y darle una base sólida al derecho de las naciones!... En vez de los horrores a que asistimos hoy, veríamos al mundo, libre de la tremenda pesadilla de la guerra, florecer y magnificarse; las enormes fuerzas empleadas en la destrucción, desenvolver nuevas industrias para felicidad de los hombres, y la inmensa riqueza perdida, sepultada para siempre en el fondo de los mares, derramarse como una áurea cascada en las ciencias, en las artes y en los albergues de los desventurados.

Movida, pues, por el deseo de la «revanche», Francia tendió los ojos por el mapa y encontró en el coloso moscovita el aliado que necesitaba, y que en propicio momento abrumaría a Prusia, convertida ya en Alemania, con la muchedumbre de sus ejércitos. Rusia a su vez, por las razones que expusimos en el anterior capítulo, efectuaba un movimiento de aproximación hacia Francia. Era difícil juntar una nación republicana y democrática con el imperio teocrático más absolutista de Europa;

pero, ¿acaso en ocasión parecida vaciló el rey cristianísimo Francisco I en aliarse con el gran turco, Solimán el Magnífico?

Justo es, sin embargo, consignar que cuando Francia y Rusia concertaron su alianza, que fué en un principio defensiva, y luego ofensiva y defensiva, o sea en 1891, ya Alemania y Austria habían celebrado su alianza bajo la inspiración de Bismark (Octubre de 1879), a la que no tardó en unirse Italia (Mayo de 1882).

Italia entró en la tríplice renunciando *ipso facto* a sus pretensiones sobre Trieste, el Trentino y la Dalmacia, merced al hábil juego de Bismark, que aprovechó la excitación que se produjo en la península a consecuencia de la ocupación de Túnez por Francia, reino al que aquella nación se consideraba con derecho, por razones geográficas y por una remota reminiscencia de las posesiones romanas en el norte de Africa, para hacer entrar a Italia en la alianza de las potencias centrales. Esta alianza, por lo que respecta a Alemania e Italia, no era más que la renovación del acuerdo de 1866, que determinó la total derrota de Austria, que, aunque vencedora en Custozza, se vió forzada, por el desastre de Sadowa, a reintegrar la provincia de Venecia a Italia. Pocas razones le bastaron a Bismark para convencer a esta nación de que debía renunciar a las provincias irredentas y compartir amigablemente con Austria la posesión del Adriático.

Inglaterra, que se había opuesto a la expansión de Rusia en la península balcánica, y que había ya tenido serias dificultades con esta potencia en la región de Khiva, que era la llave de sus posesiones en el Indostán, vió con marcada zozobra la celebración de la doble alianza, e insinuó un movimiento de aproximación a Alemania.

Este movimiento alarmó a Francia, y quizá la indujo a devorar en silencio la afrenta de Fashoda, a la par que detuvo a Rusia.

El asesinato del embajador alemán, en Julio de 1900, a causa de la rebelión de los boxers, motivó la intervención de las potencias en China y dió pie al Tratado de Yang-Tsé de 2 de Octubre, mediante el cual Inglaterra y Alemania declaraban abiertas al comercio universal las puertas marítimas y fluviales del Celeste Imperio y se comprometían a mantener este principio en los territorios chinos sujetos a su influencia. Rusia interpretó este Tratado como una advertencia a su penetración en Mandchuria.

En 1902 nuevamente Inglaterra y Alemania se unieron para llevar a cabo una acción mancomunada en Venezuela. El fracaso de esa intervención que conmovió a toda la América lo atribuyó Alemania a la política doble de la Gran Bretaña.

La alianza anglo-germana nunca fué popular en Inglaterra, y el gobierno británico no intentó consolidarla en una votación en los Comunes. La *Saturday Review* de 24 de Agosto de 1895 decía que una alianza con Alemania sería perjudicial para los intereses de la Gran Bretaña, porque se apartaba de la política secular de Inglaterra, que era combatir y no auxiliar a sus competidores comerciales, y el principal competidor en el comercio no era ya Francia, sino Alemania. La misma revista, en su número de 11 de Septiembre de 1897, escribía estas palabras, citadas por Oncken al principio de su libro:

«Inglaterra con su larga historia de ofensivas afortunadas (*successful aggression*), con la magnífica creencia de que al procurar su propio interés esparce la luz entre los pueblos que viven en la obscuri-

dad, y Alemania, sangre de la misma sangre y carne de la misma carne, con una menor energía, pero tal vez con una inteligencia más penetrante, avanzan en competencia hasta los más recónditos parajes del mundo. En el Transvaal, en el Cabo, en el centro de Africa, en la India y en Oriente, en las islas del mar del Sur y en el extremo Noroeste, por todas partes en donde la bandera siguió a la *Biblia* y el comercio a la bandera, se halla el viajante de comercio alemán en lucha con el viajante de comercio inglés. Si hay allí una mina que explotar, un ferrocarril que construir, un indígena a quien convertir del trigo a la carne en conserva, de la sobriedad al alcohol, allí luchan el alemán y el inglés por la hegemonía. Un millón de pequeñas disputas producen la mayor causa de guerra que el mundo haya visto jamás. Si Alemania fuese suprimida mañana, no habría un inglés en el mundo que no se enriqueciese a proporción. Las naciones han combatido años enteros por una ciudad y por una herencia: ¿por qué no han de combatir por un comercio de 200 millones de libras esterlinas?»

Un año más tarde (el 10 de Septiembre de 1898), la *Review* se expresaba así: «No queremos al Emperador Guillermo ni al pueblo alemán. Y la razón es que debemos combatir al comerciante alemán y a su mercancía, mala y barata, en todos los mercados y en todas las partes del mundo.»

Este mismo año, sin embargo, se firmó un Tratado anglo-alemán que preveía la penetración económica de las colonias portuguesas, para el caso de que Portugal no cumpliera los compromisos contraídos en sus empréstitos.

La acción política alemana principiaba también a chocar con la política exterior de Inglaterra. Alemania se opuso a la violación de los Tratados

de 1884, que garantizaban la existencia de las Repúblicas boers, y felicitó al Presidente Krüger por la actividad que desplegó en dominar la intentona filibustera de Jameson, quien a estilo de Walker en Centro América, quería alzarse con la soberanía de las naciones sud-africanas. En el período culminante de la guerra boer, el gobierno alemán mostró muy a las claras la simpatía que le inspiraban los patriotas que defendían la independencia de las dos Repúblicas confederadas. «En esta guerra — escribe Oncken— nos enteramos, por medio del embargo de buques correos alemanes, de que Inglaterra, en la guerra marítima, no respetaba para nada a los neutrales.»

Inglaterra, por su parte, ponía obstáculos a la terminación del ferrocarril de Bagdad en el golfo Pérsico, declarando que el establecimiento de una base naval o de un puesto fortificado en dicho golfo, debía ser considerado como una amenaza para los intereses británicos (1).

(1) «Según el *Morning Post*, Rusia e Inglaterra tienen el proyecto de ponerse de acuerdo para dar el consentimiento a la construcción del ferrocarril de la Mesopotamia, a condición de que se autorice a Rusia para empalmar al mismo su ferrocarril caucásico, y que Inglaterra tenga la inspección de la nueva vía desde Bagdad hasta el Golfo Pérsico. Si semejante acuerdo llegara a realizarse, sería el colmo de la impertinencia. El Sultán es un soberano independiente y ha dado la concesión del ferrocarril de Mesopotamia a un Banco alemán. Ninguna potencia extranjera tiene el derecho ni el menor pretexto para inmiscuirse en ese asunto exclusivamente interior de Turquía. Y no obstante, el plan existe. Lord Lansdowne ha declarado recientemente en la Cámara Alta, que en 1903 intentó vanamente internacionalizar el ferrocarril de Bagdad, y que desde un principio Inglaterra ha procurado entorpecer esta empresa.» (Carta del Barón Greindl, Ministro de Bélgica en Berlín, al Ministro de Negocios Etranjeros de Bélgica, de 16 de Julio de 1906.)

La amenaza rusa continuaba pesando todavía en el ánimo de Inglaterra. Para conjurarla, celebró una alianza con el Japón (30 de Enero de 1902), y equilibró la situación en el Oriente.

Quien haya observado el maravilloso desenvolvimiento industrial, comercial y marítimo de Alemania a partir de 1870, puede darse cuenta de la zozobra y los celos de Inglaterra. Francia y España, sus rivales de otra época, habían cesado de inspirarle temores desde que la marina de guerra de ambas potencias había sido rota y hundida en Trafalgar, donde empeñaron su postrer combate contra la hegemonía naval inglesa; y excepto Rusia, que le ocasionaba leves inquietudes en el Oriente, ninguna otra nación hacía flamear su enseña más alto que la suya en Europa, ni ningún trono se asentaba sobre mayor número de pueblos en el mundo. Sin embargo, a par que Prusia se convertía en Alemania y por su alianza con Austria-Hungría e Italia aspiraba a establecer su hegemonía sobre toda la Europa continental, un peligro no menos grave apuntaba al otro lado del Atlántico: los Estados Unidos de Norte América, una antigua colonia inglesa que se había nutrido con los despojos que el flujo humano durante más de un siglo había arrojado a sus costas, y ahora aparecía ante la madre Patria, como Júpiter ante Saturno, para arrebatarle el cetro de las tierras y los mares. ¡Maravillosa evolución la de esta joven potencia que en menos de cien años había visto surgir como por arte de encantamiento ciudades populosas en medio de selvas vírgenes, y que lanzaba sobre los torbellinos del Niágara al genio de Edison para vencerlo; oponía a la cólera celeste el freno de Franklin, domeñador de las tormentas; al furor e inconstancia de los vientos la invención de Fulton y a la codicia y ambición de los

hombres el patriotismo, el desinterés y la integridad de Washington! Ya había probado el soberbio león britano los zarpazos de la joven águila de América en York-town y en el lago Erie, y ahora principiaba a sufrir la presencia de este otro competidor en todos los mercados del mundo, sobre todo en los del resto de América, donde la invasión de los artículos manufacturados del Norte se presentaba con caracteres de inundación. Incapacitada para oponerse a un tiempo a estas dos rivales, Inglaterra prefirió atender a la que amenazaba más de cerca su poderío, y abandonó a la influencia norteamericana toda la zona comprendida entre el río Bravo y el istmo de Panamá, sin exceptuar las costas del mar de las Antillas, que por este motivo quedó convertido en un *mar yankee*, refrenando, no obstante, los anhelos de predominio de la gran República en el Pacífico mediante la política exclusivista, sabiamente dirigida en Londres, del imperio japonés.

Alemania, por otra parte, se había convertido en piedra de escándalo entre las potencias coloniales, porque recién venida al círculo de las mismas, no había podido con tiempo hacerse de un gran imperio allende los mares, donde vaciar el excedente de su población en Europa, que crecía extraordinariamente merced a la boyanza económica de la nación y a la fecundidad y buenas costumbres de las mujeres germanas; y aquellas potencias temían que en su afán de adquirir colonias a cualquier coste, no se echase sobre las suyas, avivando este temor la precipitación y espíritu febril que animaron los primeros pasos del imperio en este sentido, que fué arrojarse sobre las islas Carolinas, pertenecientes a España, provocando con ello el asombro y el sobresalto de Europa. Aunque este yerro se reparó

accediendo Alemania a un arbitraje y pagando a buen precio la adquisición de aquel remoto archipiélago, su actitud sembró el recelo y la justa alarma entre las potencias.

Es evidente que Alemania se ha visto muy contrariada por el sentimiento de haber llegado tarde al reparto universal. A expensas suyas nutriáanse los Estados Unidos y otras naciones de América; mientras Inglaterra, España y el pequeño Portugal se veían retoñar en brotes lozanos allende los mares, ella contemplaba con tristeza su sangre confundirse y su lengua desaparecer en aquellas jóvenes naciones. Por eso, no bien logró consolidar su situación en Europa mediante las victorias de Sadowa y Sedán, procuró formar un imperio colonial; pero había llegado tarde, y ya sólo pudo obtener insignificantes y remotas posesiones, siendo, por otra parte, objeto de la vigilancia y zozobra universales (1).

El presentimiento de una guerra contra Alemania se convirtió en Inglaterra en una obsesión. Así, no es de extrañar que cuando se dieron los primeros pasos para la «Entente» anglo-franco-rusa, el pueblo inglés expresara su aprobación unánime a la misma, lamentando que no fuera una alianza ofensiva y defensiva.

En 1904 estalló en el Extremo Oriente, bajo la

(1) Así escribía el general von Bernhardi en su famoso libro *Alemania y la próxima guerra*, que vió la luz en 1913, y que causó el efecto de un trompetazo bíblico en medio de la inconsciencia universal ante el cataclismo que se avecinaba: «En el último reparto de la tierra, el reparto de África, la victoriosa Alemania obtuvo la peor parte. Francia, la vencida por ella, pudo formar un imperio colonial que ocupa el segundo lugar entre todos; Inglaterra se adjudicó lo más importante; hasta la pequeña Bélgica neutral tomó posesión de una parte relativamente grande y valiosa; Alemania tuvo que contentarse con algunas porciones de tierra muy modestas.»

mano del embajador británico, el conflicto ruso-japonés, que se había preparado desde hacía tanto tiempo, y que venía a alterar el equilibrio europeo en perjuicio de la doble alianza. Preocupada por sus negocios en Europa, Inglaterra no se había ocupado de descargar aquel cartucho.

La guerra ruso-japonesa, que tanto debilitó y agobió moral y materialmente al imperio moscovita, aplazó diez años la conflagración europea.

Para llevar a cabo la aproximación de las tres potencias —Inglaterra, Francia y Rusia— fué preciso remover todos los obstáculos que pudieran entorpecerla, y esto se realizó por medio de Tratados que solucionaron las disputas que desde antaño venían trabajando el ánimo de estas naciones, inclinandolas a la guerra. Francia aseguró a Inglaterra el dominio de Egipto a cambio de que dicha potencia le permitiera extender el protectorado sobre Marruecos, y un nuevo Tratado entre Rusia e Inglaterra dió solidez a la «Entente».

Por estos actos el eje de la política europea, que había oscilado durante más de un lustro entre París y Berlín, se fijó definitivamente en Inglaterra. Francia había ganado un poderoso aliado; pero, ¡a qué costa! Renunciaba para siempre al Egipto, teatro de las hazañas de Bonaparte y tumba de Kleber, y se convertía en un dócil instrumento de la política inglesa. Sedán pudo más en el corazón de los franceses que Cressy y Poitiers. Pero Inglaterra sacrificaba algo que valía más que dos Alsacias: la hermosa Constantinopla, que se resignaba a ver pasar al dominio de los rusos (1).

(1) De la flexibilidad de la política inglesa puede darnos idea este párrafo del telegrama del ministro Balfour al presidente Wilson, de 18 de Enero de 1917: «Es evidente que los cambios que en el mapa de Europa han señalado en su nota

En Marzo de 1905, el Kaiser desembarcó inopinadamente en Tánger. Europa toda se conmovió, y la guerra pareció inminente. Se produjo el mismo efecto que se produciría en un festín la repentina llegada de un comensal que no se esperaba. ¡Y qué comensal! Nada menos que el Kaiser Guillermo II, el *war lord* de los ingleses.

conjunta los gobiernos aliados, aportarían en grandísima medida un seguro alivio a tan lamentable estado de cosas. Si es cierto, como lo es, que varias generaciones de hombres de Estado, de autoridad universal, han venido afirmando sin cesar que la integridad del imperio otomano era condición esencial para el mantenimiento de la paz en Europa, ¿a qué viene que hoy asociemos la causa de la paz con el cambio completo de esa política tradicional? Pues viene a que las circunstancias han cambiado enteramente. Es ya inútil hoy tratar de saber si el establecimiento de una Turquía reformada que pudiese obrar en Oriente como mediadora entre razas hostiles era o no un ideal de fácil realización, suponiendo que el Sultán hubiese sido sincero y reinase la unión entre las naciones. Lo cierto es que aparece hoy aquel ideal como absolutamente irrealizable, pues la Turquía del Comité de Unión y Progreso es, cuando menos, tan bárbara, y mucho más agresiva que la Turquía de Abdul Hamid. En manos de Alemania ha perdido Turquía hasta su apariencia de que constituía una defensa para la paz, convirtiéndose en un verdadero instrumento de conquistas. Mandados por oficiales alemanes, los soldados turcos combaten hoy en aquellos mismos países de que fueron hace mucho tiempo arrojados; subvencionado e intervenido por Alemania, el gobierno turco se ha hecho culpable en Siria y en Armenia de matanzas mucho más horribles que todas las registradas por la Historia, aun refiriéndose a tan desdichados países.

«Evidentemente el interés de la paz y las reivindicaciones de las nacionalidades se conciertan hoy y hacen necesario que se ponga un término, si ello es posible, al dominio de Turquía sobre pueblos cristianos, y esperamos nosotros que la expulsión de Turquía del continente europeo habrá de contribuir al afianzamiento de la paz, tanto como el retorno de Alsacia-Lorena a Francia, la devolución del Trentino a Italia y los demás cambios territoriales que en la nota de los gobiernos aliados se indican.»

El resultado inmediato de la actitud resuelta de Alemania fué la celebración de la Conferencia de Algeciras, mediante la cual el pequeño «pacto íntimo» o «concierto de familia» que Francia e Inglaterra celebraban con el concurso forzado de España para el reparto del imperio marroquí, se convirtió en un vasto plan de reformas europeo, en el que se señalaban zonas de influencia a las naciones interesadas, con la obligación de ejercer la policía y promover el adelanto en los territorios confiados a su guarda.

Entonces pudo Alemania palpar hasta qué punto los Estados Unidos se habían trocado en satélites de la política inglesa. El delegado norteamericano apoyó todas las proposiciones presentadas por la Gran Bretaña, y no disimuló el disgusto con que veía la acción alemana. Indudablemente, alguna relación subterránea tenía la actitud de la gran República de América con la nueva inteligencia que se estaba desarrollando para la reforma del Tratado Clayton Bullwer y la construcción de obras de fortificación permanente en el istmo de Panamá.

Alemania bloqueada diplomáticamente, comprendió que ya nada debía esperar de los arreglos pacíficos, y recordando la vieja máxima del rey Federico que «negociaciones sin armas son como música sin instrumentos», se preparó de una manera formidable para el choque en mar y tierra, y para la lucha que por primera vez se verificaría en el aire.

Hasta entonces su papel preponderante a la cabeza de la Tríplice le había permitido consolidar su situación en el continente, permitiéndole desenvolver sus fuerzas interiores sin temor al espíritu de desquite francés, vivo bajo la ceniza de un humanitarismo que trascendía a impotencia, y a la expansión de la hernia rusa que aplastaba a los Bal-

kanes y amenazaba desbordarse sobre la Prusia oriental. La Triple Alianza no tenía realmente un carácter ofensivo, pues ni Alemania ni Austria anhelaban extender su territorio actual a costa de Francia y Rusia, sino conservar las conquistas del 70 y asegurarse la pacífica posesión de la Bosnia y la Herzegovina. Por lo que se refiere a Italia, su situación dentro de la Tríplíce se hacía cada vez más difícil, pues no la ligaban a la misma vínculos tan estrechos como los que unían a Alemania y Austria entre sí, y para nadie era misterio que Italia, en presencia de una conflagración europea, alegraría el *casus fœderis* y se declararía neutral. La formación de la «Entente cordiale» acabó con las vacilaciones de Italia, que *espiritualmente* quedó desligada de la Tríplíce, si bien no se atrevió a negarse a la renovación de la alianza, como deseaba el Embajador inglés.

Si el carácter de la «Alianza» era meramente defensivo y su actuación en la política mundial, aun en los días de su apogeo, no se marcó por violencias y usurpaciones como era de esperarse de tan formidable poder, sino que contribuyó a mantener durante medio siglo la paz en Europa, en cambio el carácter de la «Entente» era puramente ofensivo, pues se inició con el bloqueo diplomático de Alemania, y desde el famoso viaje de Eduardo VII a París en 1903, los preparativos bélicos se intensificaron por ambas partes, a la par que se iniciaba en todas las Cortes europeas una viva lucha para procurarse nuevos aliados y restarle fuerza al adversario.

En Octubre de 1904, el gran diario parisiense *Le Matin*, reveló a sus lectores que Inglaterra había prometido a Francia en caso de un ataque alemán movilizar su flota, apoderarse del canal de Kiel y

poner en el Schleswig-Holstein cien mil hombres. La impaciencia de Francia y la seguridad del apoyo de Inglaterra, hizo temer en 1905 un estallido con motivo de la visita del Kaiser a Tángers. El ministro Delcassé, ardiente partidario de la guerra, se vió precisado a dimitir en Junio, bajo la presión de los acontecimientos, y se conjuró el conflicto (1). No se habían ultimado aún los preparativos para una acción común, Rusia acababa de sufrir su terrible desastre en el Oriente, y la guerra entonces hubiera sido un fracaso para la «Entente».

El 15 de Noviembre de 1906, el canciller del Imperio alemán, en el discurso que pronunció en el Reichstag, declaró que la «Entente cordiale», sin buenas relaciones con Alemania, constituía un peligro para la paz europea.

En este mismo año Inglaterra lanzó al agua su primer dreadnought, y el ministro de la guerra, Haldane, presentó el primer plan de reorganización del ejército británico. Alemania, por su parte, se entregó con ardor a la construcción de nuevos barcos de guerra, y cerca del lago Constanza el conde de Zeppelin dispuso una gran base de dirigibles. En Kiel, en Dusseldorf, en las enormes factorías de Krupp, en toda Alemania, se trabajaba activamente para la guerra; los altos hornos no se apagaban nunca, y en medio de la aparente tranquilidad de la Europa, entregada a sueños de paz envueltos en

(1) «Nadie duda aquí (en Berlín), a pesar de las negativas oficiales, que la política agresiva de M. Delcassé ha sido estimulada por Inglaterra.» (Carta del Barón Greindl al ministro de Negocios Extranjeros de Bélgica el 18 de Noviembre de 1905). «En los discursos de lord Lansdowne en el Club Constitucional y de Mr. Balfour en el banquete del lord Mayor, párrafos en su conjunto, se han notado muy bien alusiones malévolas que, sin citar a Alemania, no pueden dirigirse más que a ella». (Id.)

nubes de codicia, aplicando el oído a tierra se oía el potente mugido de las fábricas de cañones y explosivos y el golpear incesante de los ciclopes en la fragua de Vulcano, forjando nuevos rayos para la cólera de Júpiter. La competencia comercial se hizo más visible; armadores británicos y germanos rivalizaron en la construcción de inmensos navíos; la *Cunard* y la *Hamburg Amerika* lanzaron al agua verdaderos leviatanes, palacios flotantes que hoy yacen en los fondos de los mares o que se balancean melancólicamente amarrados a una boya en los puertos de la madre patria; y un furor de fabricación acometió a los dos países, acumulándose las mercancías en los muelles o en los depósitos comerciales de todo el mundo, como en Chile, donde, al estallar la guerra, había almacenados géneros alemanes para años.

Signo del espíritu de la época fué el miedo pueril que acometió a Inglaterra ante la posibilidad de una invasión alemana; rumores alarmantes corrían, sembrando el pánico, respecto de un desembarco nocturno en las proximidades de Londres; hablábase con pavor de los zeppelines y se vigilaba cuidadosamente a los «camareros» alemanes, los que, según la fantasía popular, constituían la vanguardia del ejército de invasión. Estos temores ridículos inspiraron una célebre pieza teatral en la que se representaban muy a lo vivo escenas de la invasión con episodios tan curiosos como la destrucción de Londres por los zeppelines y la formación de un ejército de mujeres. Esta pieza, que se representó centenares de veces en los teatros de Inglaterra, fué considerada como una patriótica advertencia al descuido y apatía del gobierno.

Mientras Inglaterra y Alemania se dedicaban febrilmente a la obra de aumentar y mejorar sus efec-

tivos navales, el Czar de Rusia convocaba a una nueva conferencia de la Haya, en la que se invitó a Alemania al desarme. Rusia necesitaba reponerse de su tremendo fracaso en el Oriente, e Inglaterra veía con zozobra que su flota se iba haciendo vieja y que su inmensa superioridad sobre Alemania en el mar decrecía año a año, pues la crítica militar, al comparar los efectivos navales, no contaba ya los acorazados y cruceros de modelo antiguo, sino los novísimos *dreadnoughts* y *superdreadnoughts*, en cuya construcción Alemania le iba a los alcances. El Kaiser Guillermo había adoptado como divisa este principio, que provocaba la cólera de la poderosa Albión: «el porvenir de Alemania está en el mar», y fiel a esta divisa, proyectaba la construcción de una flota capaz de asegurar para siempre la libertad de los mares. La paralización de las construcciones navales y la limitación de los armamentos terrestres sólo podían convenir a Inglaterra y a sus aliadas y no a las dos potencias teutonas que sufrían ya los efectos del bloqueo ofensivo de sus rivales. La contestación de Alemania, dada el 30 de Abril de 1907, tuvo que ser forzosamente negativa.

La política de Inglaterra se dirigió luego a la disolución de la Tríplice para completar el aislamiento de Alemania. Francia se encargó de separar a Italia, y lo consiguió de una manera tan completa que aun logró echar la base de una cooperación futura (1). No fué tan feliz Inglaterra en sus intrigas para separar a Austria; el Emperador Francisco José confirmó a Eduardo III, en la entrevista que cele-

(1) La inteligencia de Italia con Francia e Inglaterra, es asimismo un hecho, pese a la triple Alianza. (Informe de Greindl al Ministerio de Negocios Extranjeros de Bélgica, de 18 de Abril, 1907.)

braron ambos soberanos en Ischl (Agosto de 1908), la estrecha solidaridad de los dos imperios.

Alemania a su vez procuró aislar a Inglaterra, y ensayó una política de conciliación con Francia y Rusia, firmando con esta última potencia un convenio sobre el ferrocarril de Bagdad y comprometiéndose a respetar su posición en Persia. Esta política de acercamiento no dió ningún resultado respecto de Francia, la que, ilusionada por el inmenso poderío de la Gran Bretaña, creía fácil y rápido el aniquilamiento de Alemania. En su imaginación veían los franceses hundida la flota alemana, destruído el canal de Kiel, Hamburgo incendiado y a los alemanes reducidos a pedir la paz; todo esto efectuándose en un lapso de veinticuatro horas. Lo más chistoso del caso es que los ingleses participaban de esta opinión (1).

El 13 de Marzo de 1911, Sir Edward Grey pronunció en la Cámara de los Comunes un verboso discurso sobre la paz, que fué acogido con vítores y aplausos por los utopistas de los dos continentes. Inglaterra —según Grey— ofrecía el ramo de olivo a las naciones. Pero no soltaba el tridente.

De la sinceridad de las palabras de Grey puede darnos la medida el hecho de que el 11 del siguiente Abril dió su consentimiento al avance de los franceses sobre la capital de Marruecos.

El acta de Algeciras había sido hecha pedazos y arrojada al cesto. La «penetración pacífica» con las restricciones y obligaciones contenidas en aquella acta, se había convertido en la conquista descarada

(1) «La flota inglesa aniquilaría a la flota alemana antes de que el público hubiese leído la declaratoria de guerra en los periódicos.» (Opinión expresada por Mr. Lee, primer lord del Almirantazgo británico, en un discurso pronunciado el 3 de Febrero de 1905.)—H. ONCKEN.

del Mogreb; España, siempre a la grupa de los intereses franco-ingleses, había salvado su zona de influencia, muy menguada, por cierto, tratándose de una nación que había sido la primera en poner el pie en Marruecos; que tenía nexos de sangre, de idioma y de historia con los marroquíes, y que había dominado en otra época todo el territorio comprendido entre Larache y Orán; pero Alemania, que poseía cuantiosos intereses comerciales en Marruecos, y que para mantener la independencia e integridad de ese imperio había provocado la Conferencia de Algeciras, resultaba burlada. Repetidas veces había llamado Alemania, durante el curso de cinco años, la atención de Francia y de Inglaterra sobre las graves consecuencias que se originarían si no se respetaba el acta de Algeciras; pero viendo que sus advertencias no hallaban eco ni en París ni en Londres, creyó conveniente emplear un lenguaje más enérgico, y el 1.º de Julio de 1911 envió a Agadir la cañonera *Panther*, con el encargo de proteger los intereses de los súbditos alemanes amenazados por la anarquía que reinaba en el sur de Marruecos.

«Es digno de notarse — escribe el historiador Oncken — que el acto de presencia de Agadir causara menos sensación en París, en donde probablemente se tenía conciencia de los propios pecados, que en Londres.»

Para evitar la guerra fué necesario que Francia sacrificara un pedazo del Congo, como había sacrificado antes en aras de la alianza inglesa el viejo imperio de Sesostris. Inglaterra, por boca de Lloyd George, se contentó con vociferar en los Comunes, en un discurso que era una amenaza contra Alemania, a la que señalaba como enemiga de la paz de Europa.

Continuaron con actividad los preparativos bélicos y las conversaciones de índole militar entre las potencias de los dos grupos. Alemania temía un ataque sobre las ciudades del bajo Rin a través de Bélgica u Holanda. Su frontera de los Vosgos y del Luxemburgo estaba lo suficientemente fortificada y defendida para que se la considerase a salvo de un golpe de mano, sobre todo si se tiene en cuenta que por allí no habrían de presentarse los ingleses. La idea de desembarcar cien mil hombres en el Schleswig-Holstein y apoderarse del canal de Kiel era impracticable. La flota inglesa no podría tampoco penetrar en el Elba y destruir Hamburgo sin pasar primero ante la isla de Heligoland, formidablemente fortificada y madriguera de poderosos submarinos, sin hablar de las minas que harían peligrosísima la navegación en aquellas aguas. El único punto vulnerable era la frontera Noroeste, que los ingleses podían amagar, penetrando por Ostende o por el Escalda. Holanda, celosa de su neutralidad, principió a fortificar la plaza de Flesinga en 1911, con gran sentimiento e indignación de Inglaterra, que fingió ver en ese acto, propio de un país libérrimo, un signo de hostilidad hacia una nación que, como ella, se había convertido en defensora de las pequeñas nacionalidades y antemural de los derechos de los débiles (1).

(1) «La fortificación de Flesinga debió perturbar planes militares ya trazados» (ONCKEN). «La idea de un movimiento envolvente en el Norte entra, sin duda alguna, en las combinaciones de la *Entente Cordiale*. Si no fuera así, el plan de fortificación de Flesinga no habría levantado tal algarabía en París y en Londres. Allí no se ha disimulado el motivo por el cual se deseaba que el Escalda estuviera indefenso. El fin que se perseguía consistía en poder trasladar tranquilamente a Amberes una guarnición inglesa, o sea establecer en nuestro país una base de operaciones para una ofensiva sobre el

En 1912 principiaron a circular secretamente entre los militares ingleses unos trataditos que contenían datos muy minuciosos sobre los caminos y ríos del territorio belga (*Belgium, Road and River Reports, prepared by the General Staff*, vol. I).

En Agosto de 1912 el presidente del Consejo de ministros de Francia, M. Poincaré, realizó un viaje a San Petersburgo y contrajo el compromiso de reinstaurar el servicio de tres años, que se había reducido a un año a consecuencia del creciente influjo de los socialistas en la Cámara. Este mismo año Alemania aumentó el efectivo de su ejército.

En 1913, cuando se apuntaba a Joffre como futuro generalísimo, se trató en Francia de un nuevo empréstito de varios miles de millones que debía invertirse en la construcción de una red de ferrocarriles estratégicos en Polonia, que facilitara la movilización de los ejércitos rusos sobre la frontera de Alemania y Austria-Hungría.

Sospechosa era, por otra parte, la conducta de Bélgica; cuyo gobierno permitía a los ingleses la adquisición de datos militares de suma importancia para una probable concentración de tropas anglo-belgas, sobre la frontera alemana, hecho aún no desvirtuado por ninguno de los panegiristas de la pequeña nación, cuya neutralidad, garantizada por diversos Tratados, estaba en tela de juicio, como el honor de una doncella, harto coqueta para parecer honrada (1).

bajo Rhin y la Westfalia, y arrastrarnos consigo a ella». (Informe del embajador belga, barón Greindl, de 23 de Noviembre de 1911.)

(1) «El que examine cuidadosamente uno de esos manuales (los cuatro volúmenes publicados por el Estado Mayor inglés en 1912, 1913 y 1914 sobre los caminos y ríos de Bélgica), ha de convenir con los peritos alemanes, en que «sin un

Bélgica desde los tiempos del Emperador Carlos V, había sido el campo de batalla de las grandes potencias europeas, y el apeadero del ejército inglés en el Continente. Militarmente, puede considerarse el territorio belga como una continuación de la Gran Bretaña, lo mismo que Calais y Dunkerque, y es una gran base para un ataque sobre Inglaterra o sobre las ciudades alemanas del bajo Rhin. Los ejércitos franceses han invadido varias veces a Bélgica sin previa declaración de guerra, y en más de una ocasión este país ha sido anexado a Francia, la cual conserva aún en su poder parte del territorio flamenco con las ciudades de Lila y Cambray, que Luis XIV arrebató a los españoles.

La neutralidad de Bélgica fué declarada por los Tratados concluidos entre Bélgica y Holanda el 19 de Abril de 1839, y garantizada por cinco grandes potencias, entre las que se contaban Inglaterra, Francia y Alemania. La posición del pequeño país neutralizado, sin embargo, lo envolvía forzosamente en un conflicto europeo, que por su magnitud no era de esperar que respetase sus fronteras, como no respetan las llamas de un incendio los edificios consagrados al culto, ni los sarcófagos que guardan las reliquias de los santos. Añádase a esto que las casas que ostentan las placas de las compañías de seguros, son las que ordinariamente están más expuestas al fuego.

Es evidente que, antes de estallar las hostilidades, el Estado Mayor inglés había estudiado detenidamente el territorio belga con su línea de fuertes que miran todos hacia Alemania; sus campos de

apoyo amplio y benévolo del gobierno y de las autoridades belgas, hubiera sido imposible realizar semejante trabajo. (WALTHER SCHOENBORN: *La neutralidad de Bélgica.*)

posible aterrizaje, campamentos, instalaciones telegráficas y telefónicas, ferrocarriles, etc., con una minuciosidad que lleva a pensar que, al invadir a Bélgica, los alemanes le ganaron por la mano.

El general von Bernhardi, viendo precipitarse los acontecimientos, escribió en 1913:

«Se ha sabido que entre Inglaterra y Francia existe, no solamente una *entente cordiale*, sino una verdadera alianza para la guerra.

»Las Conferencias respecto de Marruecos en el verano de 1911, y la situación creada por la crisis actual en los Balkanes, han revelado nuevamente la enemistad incondicional de Inglaterra para con nosotros. Se ha visto claramente, que Inglaterra está resuelta a pedir por la fuerza todo aumento efectivo del poderío de Alemania.

»La concentración de las escuadras inglesas en el Mar del Norte, el establecimiento de nuevas bases navales, dirigidas evidentemente contra Alemania; el aumento del espionaje inglés en las costas alemanas; la continua labor diplomática para conquistar aliados contra nosotros y aislarnos así en Europa, todo esto tiene una sola explicación razonable: la preparación de una guerra contra Alemania.»

«En esta guerra —concluía el general von Bernhardi— no nos encontraríamos solos, espiritualmente. Todo lo que en el globo terráqueo siente y piensa libre y concienzudamente estará con nosotros, contra esa arrogante codicia de enseñoreamiento por un solo pueblo, que, si bien saben revestir sus actos de una apariencia humanitaria y liberal, no quiere ni piensa en otra cosa que en su provecho particular, y hunde para ello, sin miramiento alguno, hasta a sus mismos colaboradores» (1).

(1) *Alemania y la próxima guerra*, caps. VIII, XII y Epílogo.

Por lo expuesto se observará que ya en 1914 la guerra, que se había venido preparando desde hacía más de un lustro, era ya inevitable; el ambiente que se respiraba era de pólvora, y una sola chispa podía producir la conflagración.

El 28 de Junio de 1914 fueron asesinados en Sarajevo, capital de la Bosnia, el archiduque Francisco Fernando, heredero del trono de Austria-Hungría, y su esposa, la duquesa de Hohenberg.

El templo de Jano se había abierto, y ya nadie podía detener el curso de los acontecimientos.

